

no se atreverán jamás á poner la mano sobre el foco de las conspiraciones que está en las gradas del trono. Enviadme á la Abadía, si queréis, pero declarad que sois incapaces de salvar la patria.»

Este era el pensamiento de París. Por la noche se reunieron las cuarenta y ocho secciones. Nombraron comisarios para reemplazar el consejo general de la comuna, y los invistieron de poderes ilimitados, absolutos, para salvar la cosa pública. El antiguo consejo se reunía en el Hotel de Ville; los miembros del nuevo, enviados por las secciones, se reunieron allí por la noche, á medida que eran nombrados y les reemplazaron al llegar el día.

La corte no podía ignorarlo. Pero se creía muy fuerte. Por de pronto acababa de obtener, con el voto á favor de Lafayette, la mayoría de la Asamblea, cuatrocientos votos contra doscientos. No debía temer que la hiriese la espada de la ley. La esperanza de la llegada de los ejércitos extranjeros y la casi seguridad de que Francia sería aplastada, habían aumentado considerablemente el celo de sus partidarios. Jamás, dice un contemporáneo, había sido la corte más numerosa, más brillante quizás, que en los días que precedieron inmediatamente al 10 de Agosto. Los suizos y los caballeros que la rodeaban constituían un núcleo muy seguro de fuerza militar, al que, Mandat, el comandante de la guardia nacional, muy realista, podía añadir á voluntad sus batallones más celosos. Legalmente no podía obrar más que con autorización del alcalde. Se ha discutido mucho si la tenía ó no la tenía. El mismo ha afirmado, y es muy verosímil, que varios días antes había obtenido del alcalde tal cual autorización; como las circunstancias no eran en manera alguna favorables á la insurrección, la autorización entonces carecía de importancia. El 10 de Agosto, aquella autorización atrasada ya no podía servir; Mandat la suplió con una requisitoria al departamento de París.

Durante la jornada del 9 habían cortado la galería del Louvre para impedir por aquel lado la entrada en el castillo. Se había hecho entrar, con gran publicidad, fuertes maderas de encina para obstruir y blindar las ventanas, excepto las que se reservarían para ametrallar al enemigo.

Desde la media noche sonó el somatén en los Franciscanos donde estaban Danton y los marseleses, y luego se tocó en todo París. Pero produjo poco efecto; los barrios se conmovieron lenta y difícilmente; el viernes no es día á propósito. Los directores mismos decían con lenguaje significativo «que el somatén no se oía.»

Petion había sido llamado á las Tullerías con cualquier pretexto, y no se atrevió á negarse. Una cabeza tan querida del pueblo, al ser retenida como en rehenes, quitaba grandes probabilidades á la insurrección.

Se dice que á Santerre le parecía todo esto de mal agüero y no quería marchar. El barrio no se movía fácilmente sin el famoso cerve-

tero. Así es que se hizo esperar cerca de una hora. Dejó que partiesen á la vanguardia los *Ardents*, que como luego veremos, se hicieron acribillar; luego aun dejó ir á los marseleses, que se quedaron solos un momento y que estuvieron á punto de perecer.

Aunque hubiesen sido mejores aquellas bandas, las disposiciones del comandante general Mandat, parecían infalibles, por poco que hubieran sido obedecidas. Un cuerpo en el Hotel de Ville, otro en el Puente Nuevo, debían dejar pasar las gentes de los dos barrios, y luego atacarlas por detrás, mientras los suizos cargaban por el frente. Si las cosas sucedían así, los barrios debían ser no solo vencidos, si no exterminados.

Y aun después de la defección de los dos cuerpos, muchos creen que la insurrección hubiera sido vencida, solo con que el rey hubiese permanecido en las Tullerías. Los suizos y los valientes caballeros que estaban con ellos no hubieran entregado sus vidas desesperados como lo hicieron. La resistencia hubiera sido terrible, larga y por consiguiente victoriosa. El pueblo contaba con pocos soldados verdaderos y habría retrocedido.

Todo el mundo lo creía así. Los directores de los marseleses, Barbaroux entre otros, que dirigían el movimiento y le imprimían unidad, no pudieron combatir personalmente y no tenían el recurso de hacerse matar, á pesar de que se hallaban dispuestos á morir. Barbaroux iba provisto de un veneno, á fin de ser dueño de si mismo y no caer en las manos de la corte, que según todas las probabilidades iba á quedar victoriosa.

La revolución, bien mirado, á pesar del gran número de los que combatían por ella, tenía desventajas. La fuerza militar estaba por el partido contrario. Lo que ella tenía era la fuerza moral, la cólera, la indignación, el entusiasmo, la fe.

Sabemos cuales eran los pensamientos de aquella gran población, la emoción, la inquietud terrible de las mujeres y de las familias, cuando oyeron tocar el somatén, por un testimonio muy conmovedor, el de la joven esposa de Camilo Desmoulins, la bella, la infortunada Lucila. Reproducimos sin cambiar una palabra aquella página sencilla:

«El 8 de Agosto volví del campo; todos los espíritus se hallaban fuertemente excitados; tuve á comer unos marseleses y nos divertimos bastante. Después de comer fuimos á casa de Mr. Danton. La madre lloraba y estaba de lo más triste; el pequeño estaba como asombrado. Danton parecía resuelto, yo reía como una loca. Temían que el suceso no se realizase; aunque yo no estaba segura del todo, les decía que si que se verificaría.» ¿Pero como os podéis reír así?—me preguntaba madama Danton.—«¡Ay de mí! la contesté, eso me presagia que esta noche derramaré muchas lágrimas.»—Hacía buen tiempo; fuimos á dar algunas vueltas por las calles; había bastante gente. Varios descamisados pasaban gritando: «¡Viva la nación!» Luego tropas á caballo; por

fin tropas numerosas. Me dió miedo; tomé aparte á madama Danton y la dije: «Vámonos.» Ella se rió de mi miedo; pero á fuerza de repetírselo, la dió miedo también. Yo le dije á su madre: «Adios, no tardaréis en oír tocar á somatén...» Cuando llegó á su casa vió que todos se armaban. Camilo, mi querido Camilo llegó con un fusil. ¡Oh Dios! Me escondí en la alcoba, me oculté el rostro con las manos y me eché á llorar. Sin embargo, no queriendo mostrar tanta debilidad y decir á Camilo en voz alta que no quería que se mezclara en todo aquello, aguardé el momento en que podía hablarle sin que nos oyese, y le manifesté todos mis temores. Me tranquilizó diciéndome que no se separaría de Danton. Después supe que se había expuesto. Fréron parecía dispuesto á sucumbir. «Estoy cansado de la vida, decía, y sólo busco la muerte.» A cada patrulla que venía, creía verlos por ultima vez. Fuí á refugiarme en el salón que estaba á oscuras, para no ver todos aquellos preparativos... Partieron nuestros patriotas; fuí á sentarme cerca de un lecho, rendida, aniquilada, aletargándome á ratos; y cuando quería hablar desvariaba. Danton volvió á acostarse; no parecía muy preocupado y casi no salió. Se acercaba la media noche; fueron á buscarle varias veces; por fin salió y se fué á la Comuna. El somatén de los Franciscanos sonaba, sonaba largo tiempo. Sola, bañada en lágrimas, arrodillada ante la ventana, ocultándome con el pañuelo, escuchaba el sonido de aquella campana fatal. Volvió Danton. Fueron varias veces á darnos buenas y malas noticias; creí comprender que su proyecto era ir á las Tullerías y se lo dije sollozando. Creí que iba á desmayarme. Madama Robert preguntaba á todo el mundo por su marido. «Si muere, me dijo, no le sobreviviré. Pero ese Danton, si mi marido perece, soy mujer para darle de puñaladas... Camilo volvió á la una; se durmió recostado en mi hombro... Madama Danton parece que se preparaba para la muerte de su marido. Por la mañana sonó el cañón. Lo oye, palidece, y se cae desvanecida...

«¿Qué va á ser de nosotros, oh mi pobre Camilo? ya no me quedan fuerzas para respirar... ¡Dios mio! si es verdad que existes, salva á los hombres que son dignos de fe... Queremos ser libres; ¡oh, Dios, que cueste tanto!...»



CAPITULO VIII

El 10 de Agosto

El pensamiento del 10 de Agosto.—Los vencedores del 10 de Agosto —Las secciones nombran comisionados y los envían al Hotel de Ville.—Precauciones militares de la corte que retiene á Petion en las Tullerías.—Petion en libertad —La nueva comuna prepara el camino á la insurrección.—Estado interior del castillo.—Los nobles, los suizos, la guardia nacional.—El rey intenta pasar revista.—El rey universalmente abandonado —La Comuna detiene al comandante de la guardia nacional.—Muerte de Mandat.—El rey abandona el castillo con la reina.—La vanguardia de la insurrección se presenta en las Tullerías; es sorprendida, degollada, dispersada.—¿Esperaba la corte descargar un golpe sobre la Asamblea?—La insurrección ataca las Tullerías.—El rey manda que cese el fuego cuando ya no tiene esperanzas.—Defensa obstinada de los suizos, su heroica retirada.—La guardia nacional en masa se decide en favor de la insurrección.—Matanza de los suizos.—Clemencia y moderación de los vencedores del 10 de Agosto.

La noche del 10 de Agosto fué muy hermosa, iluminada dulcemente por la luna, tranquila hasta media noche, y aun un poco después. A aquella hora no había aun nadie ó casi nadie por las calles. En particular el barrio de San Antonio estaba silencioso. La población dormía esperando la hora del combate.

Y sin embargo, por la tarde había corrido el rumor de que una columna enviada por las Tullerías iba á atacar el Hotel de Ville. Se temía una sorpresa. Fuertes patrullas de guardia nacional iban y venían por el barrio. Todas las ventanas estaban iluminadas. Tantas luces en